



HERALDOS DEL EVANGELIO

Libro digital

Meditación de los Misterios del Rosario

IV - MISTERIOS GLORIOSOS



Índice

Para tener paz, ¡ningún día sin María!	5
<i>Misterios Gloriosos</i>	9
<i>Devoción de los cinco Primeros</i>	
<i>Sábados</i>	11

1.^{ER} MISTERIO GLORIOSO

La Resurrección del Hijo de Dios

La Resurrección de Cristo es también la nuestra	15
<i>I. El acontecimiento principal de la Historia</i>	17
<i>II. Nosotros también resucitaremos</i>	19
<i>III. La recompensa de la fe inquebrantable de María</i>	23
<i>Conclusión</i>	26

2.^º MISTERIO GLORIOSO

Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo

El Corazón que sigue latiendo por nosotros en el Cielo	29
<i>I. Jesús nos espera en la gloria eterna</i>	31
<i>II. El Sagrado Corazón, hecho para amarnos</i>	33

<i>III. El Corazón que late en el Santísimo Sacramento</i>	36
<i>IV. Unidos al Corazón Inmaculado de María</i>	38
<i>Conclusión</i>	40

3.^{ER} MISTERIO GLORIOSO

Venida del Espíritu Santo sobre María Santísima y los Apóstoles

Llamados a renovar la faz de la tierra	43
<i>I. Nace la Iglesia Católica Apostólica Romana</i>	45
<i>II. Renovar la faz de la tierra</i>	48
<i>III. La figura primordial de la Santísima Virgen</i>	51
<i>Conclusión</i>	54

4.^º MISTERIO GLORIOSO

Asunción de Nuestra Señora a los Cielos

La plenitud de nuestra Madre, Reina y Abogada	57
<i>I. Exaltada en lo más alto del Cielo</i>	59
<i>II. María nos precede en a la gloria eterna</i>	61
<i>III. Nuestra Reina y Abogada en el Cielo</i>	64
<i>Conclusión</i>	66

5.º MISTERIO GLORIOSO
Coronación de
Nuestra Señora en el Cielo

Reina y Madre de Misericordia _____	69
<i>I. El Triunfo de María en el Cielo</i> _____	71
<i>1. Llevada al Cielo en cuerpo y alma</i> _____	71
<i>II. Reinado de la criatura más perfecta</i> _____	73
<i>III. Realeza de amor y servicio</i> _____	76
<i>Conclusión</i> _____	78



*Para tener paz, in ningún
día sin María!*

*«Si pasa un día sin que yo rece el
Rosario, temo por mi salvación eterna».*

(San Alfonso María de Liguorio)

Hemos llegado al último volumen de nuestras meditaciones sobre los misterios del santo Rosario y, para concluir esta sublime secuencia, hoy le traemos los misterios gloriosos, que son los «misterios de la esperanza».

El rezo del Rosario es tan especial que es la única oración vocal y mental al mismo tiempo, ya que, al pronunciar con nuestra voz los Padrenuestros y las Avemarías, con nuestra mente vamos recomponiendo cada detalle del acontecimiento que meditamos. De este modo, presentes de cuerpo, concretamente, por el rezo, estamos sobremanera presentes de espíritu, reviviendo cada etapa de la vida de Jesús.

El Dr. Plinio Corrêa de Oliveira, formador de nuestro fundador, Mons. João Scognamiglio Clá Dias, hizo una profunda reflexión sobre este doble aspecto de la oración del Rosario:

«Esta conjunción de la oración vocal con la meditación es algo espléndido, porque, mientras los labios pronuncian una súplica,



el espíritu se concentra en un punto. Y, por esta doble actividad, el hombre hace, por así decirlo, todo lo que puede hacer en el orden sobrenatural, porque se une, por sus intenciones, a lo que pronuncian sus labios. Y se entrega, por su mente, a lo que medita su espíritu.

»Y, de esta forma, se une íntimamente a Dios durante esta oración; unión tanto más acentuada y definida cuanto que, siendo la Virgen María la Mediadora de todas las gracias, y siendo la mayor parte de las oraciones del Rosario Avemarías, es por medio de la Mediadora de todas las gracias como nos dirigimos a Dios, lo que explica las innumerables gracias que la Santísima Virgen, por medio de esta devoción, concede a todos».

Todos sabemos que el centro de nuestra devoción es Nuestro Señor Jesucristo, pero si en el Rosario rezamos tantas Avemarías es porque es mucho más fácil llegar a Él guiados por su propia Madre.

En los misterios gloriosos queda muy clara la importancia del papel de la Santísima Virgen en la historia de la salvación, y la humildad de su vida en la tierra es exaltada con su coronación como Reina del Cielo, Señora de los Ángeles y de los hombres, ante la cual tiemblan los infiernos.



Misterios Gloriosos

«Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que ha sido tomado de entre vosotros y llevado al cielo, volverá como lo habéis visto marcharse al cielo» (Hch 1, 11).

Después de haber contemplado desde la Anunciación y el nacimiento de Jesús, su vida pública y los dolores de su Pasión, llegamos finalmente a los misterios de la esperanza y la alegría, cuando lo vemos triunfar sobre la muerte en su Resurrección.

Y esta alegría va en aumento: durante cuarenta días, Cristo resucitado se manifestó a los Apóstoles instruyéndoles sobre el Reino de Dios, y fue visto por más de quinientos testigos, hasta el momento en que, despidiéndose de sus Apóstoles y bendiciéndolos, ascendió al cielo ante sus ojos (cf. Hch 1; 1 Cor 15).

Mientras los fieles compañeros del Maestro lo veían desaparecer, envuelto en una nube, dos Ángeles les anunciaron que Cristo volvería del mismo modo que lo veían subir al cielo, promesa que hasta hoy alimenta nuestra fe y sostiene nuestra confianza, llevándonos a soportar todas las adversidades con la certeza de que Él volverá para poner todas las cosas en su debido lugar.

Después de la magnífica Ascensión, contemplamos, en Pentecostés, la venida del

Espíritu Santo sobre María Santísima y los Apóstoles, que representa el inicio de la Santa Iglesia Católica, la única instituida por Nuestro Señor Jesucristo.

Y los dos últimos misterios están reservados para el triunfo de María, cuando es asunta al Cielo, donde es coronada por Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo como Reina de los Ángeles y de los hombres.

Este triunfo sacudió los infiernos, haciendo que incluso los demonios se sometieran al poder de la excelsa Mediadora. Por esta razón, aún en nuestros días, la devoción a María Santísima y al santo Rosario es objeto de odio por parte del enemigo. Él prepara todo tipo de artimañas: distracciones, sueño, compromisos inesperados, visitas y un sin número de pequeñas cosas que tienen como objetivo entorpecernos e impedirnos rezar el Rosario diariamente.

Como dijo el gran devoto mariano San Alfonso María de Ligorio, al final de su vida: «Si pasa un día sin que yo rece el Rosario, temo por mi salvación eterna», ésta debería ser también nuestra preocupación, y deberíamos hacer todo lo posible para no pasar ni un solo día sin esta práctica tan bendita, que nos recuerda todos los detalles de la vida de nuestro Salvador y fortalece en nosotros el conocimiento de a quién servimos y por qué le servimos.

Devoción de los cinco Primeros Sábados

En el primer volumen de esta serie *Meditación de los Misterios del Rosario*, explicamos en qué consiste la devoción de los cinco Primeros Sábados, enseñada y pedida por Nuestra Señora en su aparición a Sor Lucía, en diciembre de 1925.

Este año se cumplen cien años de esta práctica, que ha perdurado en la Iglesia y ha traído inmensas gracias a muchos fieles, principalmente la gracia de la conversión, conteniendo en sí misma una gran promesa: «Yo prometo asistirles en la hora de la muerte con todas las gracias necesarias para la salvación de sus almas».

Para conmemorar el centenario de esta devoción, hemos publicado esta colección, y así fomentar su práctica, enseñando cómo realizarla y aportando meditaciones seleccionadas de nuestro fundador, Mons. João Clá, quien durante toda su vida se dedicó a mantener viva esta tradición, incrementándola con la solemne coronación de la imagen peregrina de la Virgen de Fátima.

Al llegar al último libro digital de esta serie, esperamos de todo corazón que usted, nuestro colaborador, nuestra colaboradora, que con su

bondad permite la continuidad de nuestra misión y el desarrollo de nuestra vocación, haya encontrado un nuevo sentido en el rezo diario del santo Rosario. Deseamos que haga de este acto de piedad un gran propósito y que lo mantenga durante toda su vida.

Y al experimentar la gracia que proviene de la devoción de los Primeros Sábados, que también pueda difundirla a otras personas, para que se cumpla en la tierra la voluntad de la Santísima Virgen, que no es otra cosa que el perfecto reflejo de la voluntad de Dios, y que podamos, como miembros de la Santa Iglesia Católica, encontrar la paz prometida por Nuestro Señor Jesucristo, confiándonos al amparo de María.

«¡Cuánto se habla hoy de paz, y cuánto se vive en el extremo opuesto! El interior de los corazones está penetrado por el tedio, la aprensión, el miedo, el desánimo y la frustración [...]. Por eso nuestros ojos deben volverse hacia la Reina de la Paz e implorar su poderosa intercesión, para que su Divino Hijo nos envíe un nuevo Pentecostés y así se renueve la faz de la tierra, como mejor solución al gran caos contemporáneo» (Mons. João Clá Dias).

¡Les deseamos una excelente lectura y profundas meditaciones!



*Meditación de los
Misterios del Rosario*

- IV -

MISTERIOS GLORIOSOS



LA RESURRECCIÓN DEL HIJO DE DIOS

*La Resurrección de Cristo
es también la nuestra*


Composición de lugar

Para nuestra composición de lugar, imaginemos una resplandeciente mañana de domingo, un cielo luminoso, una temperatura suave y una naturaleza alegre y exuberante. En este marco, imaginemos una tumba abierta en una roca, a la que nos acercamos con gran alegría. Dentro, vemos unos paños cuidadosamente doblados sobre la piedra en la que hasta hace poco estaba depositado el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.



Oración preparatoria

Oh Virgen Santísima, que acompañaste a tu Divino Hijo en los pasos de la Pasión y luego esperaste, llena de fe y confianza, su gloriosa Resurrección de las sombras de la muerte, vuelve tu mirada bondadosa sobre nosotros en este momento: alcánzanos del Sagrado Corazón de Jesús resucitado las mejores y más eficaces gracias para meditar bien este misterio de la Resurrección y recoger de él abundantes frutos de progreso espiritual, de conversión y de santificación. Amén.



I. El acontecimiento principal de la Historia

La Resurrección de Cristo es el acontecimiento principal de la historia humana. El cristianismo descansa sobre este hecho: ¡Jesús ha resucitado! Fue el «toque de llamada» para los discípulos en la mañana de Pascua. Los once Apóstoles a los que se apareció Jesús tras la Resurrección lo reconocieron vivo, y durante cuarenta días pudieron hablar con Él, tocarlo y comer en su compañía.

1. La felicidad de Cristo resucitado

Según San Alfonso María de Liguorio, ante el misterio que hoy meditamos, el mayor sentimiento que debe ocupar nuestras almas y llenarlas de consoladora esperanza es la felicidad de Cristo resucitado.

En efecto, en su dolorosísima Pasión, Jesús sufrió padecimientos inimaginables, que culminaron en su muerte atroz y vergonzosa en lo alto de la Cruz. Pero cuando resucitó gloriosamente de entre los muertos y salió vivo del fondo del sepulcro, Jesús volvió a recibir, con abundantísimos beneficios, todo lo que había perdido en la Pasión.

Aquel que era pobre es ahora riquísimo y señor de toda la tierra. Aquel que fue llamado

gusano y oprobio de los hombres es coronado de gloria y está sentado a la derecha del Padre. El que hasta hace poco era un hombre de dolores y sufrimientos ahora está dotado de nuevas fuerzas y de una vida inmortal e impasible. Y el que había sido crucificado y muerto horriblemente, lo vemos resucitado por su propia virtud, con su cuerpo glorioso dotado de sutileza y agilidad, atravesando los muros rocosos del sepulcro.

2. Alegrémonos con el Señor que resucitó

Cristo resucitado se ha convertido en la esperanza viva y triunfante de todos los justos que duermen en el Señor. Detengámonos un momento para presentarle nuestro homenaje. Hagamos un acto de fe ardiente en su Resurrección y acerquémonos a Él para besar en espíritu sus cinco llagas glorificadas.

Alegrémonos con Él de que haya salido victorioso de la tumba, vencedor de la muerte y del infierno, y digamos con todos los santos: «Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza por los siglos de los siglos».

II. Nosotros también resucitaremos

Alegrémonos con Jesucristo, pero alegrémonos también por nosotros mismos, porque su Resurrección nos da la certeza de la nuestra, siempre y cuando, como dice San Pablo, muramos primero interiormente al afecto de las cosas terrenas: «Si morimos con Él, también viviremos con Él» (2 Tim 2, 11).

2. La Resurrección de Cristo es también la nuestra

La Resurrección de Cristo nos llena de esta dulce esperanza: ¡nosotros también resucitaremos!

Jesús es la Cabeza del Cuerpo Místico de la Iglesia, del que todos formamos parte. Por lo tanto, pertenecemos a Nuestro Señor Jesucristo. Ahora bien, no es posible que la Cabeza resucite y el resto del cuerpo permanezca en la muerte. En otras palabras, si la Cabeza, que es Cristo, resucita, entonces todo el cuerpo —que somos nosotros— también resucitará. La Resurrección del Redentor es también la nuestra.

Es por la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo por la que nosotros también resucitaremos. Por eso la liturgia nos dice que la



Muerte y Resurrección de Cristo nos compraron la vida: si Él venció la muerte y el pecado, nosotros también los venceremos y resucitaremos gloriosamente en la eternidad. La Pascua que celebramos con alegría es, por tanto, una fiesta que prefigura nuestra propia resurrección.

2. Las maravillas que nos esperan

Debemos considerar que, una vez que hayamos resucitado a la vida eterna, la contemplación que entonces tendremos de Dios nos llenará de tal alegría y consuelo que ya no habrá posibilidad del más mínimo sufrimiento. Será una alegría espiritual, ya que nuestros ojos carnales no pueden ver a Dios.

Sin embargo, es necesario que el cuerpo acompañe al alma en este estado, dada la íntima unión entre ambos. Por esta razón, las maravillas experimentadas en nuestro interior aparecerán, por un don divino, en el exterior, como dice San Pablo: «Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos, juntamente con Él» (Col 3, 4). La Resurrección provocará una transformación tan grande en cada bienaventurado que ya no nos reconoceremos a nosotros mismos.

Éste es el futuro que nos espera, tan por encima de toda expectativa que ni siquiera podemos imaginar cómo será: «Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman» (1 Cor 2, 9).

3. Desprendámonos de lo que nos aleja del Cielo

Con su Resurrección, el Salvador nos ha dado una vida nueva, infinitamente más valiosa que la vida humana: la participación en la vida divina misma. Y este tesoro merece



ser tratado con especial cuidado, orientando nuestro amor en la dirección correcta, como recomienda el Apóstol.

Así pues, una vez muertos a nuestros vicios y resucitados con Cristo, dirijamos nuestras preocupaciones hacia lo que viene de lo alto y no hacia las cosas concretas que distraen nuestros ojos y nuestros corazones de nuestro destino eterno, del mismo modo que los muertos ya no se ocupan de sus antiguas tareas cuando abandonan esta tierra.

¡Cuánta agitación, fruto del egoísmo y la vanidad! ¡Cuánta ilusión por el mundo, los elogios y las repercusiones sociales! ¡Cuánta atención a la salud y al dinero! Preocupaciones que, incluso en lo legítimo, nos arrastran y nublan nuestros horizontes, y constituyen una falta contra el Primer Mandamiento —amar a Dios sobre todas las cosas— tan poco considerado en nuestro examen de conciencia.

III. La recompensa de la fe inquebrantable de María

Como observa San Alfonso, entre las muchas cosas que hizo Jesucristo y que los Evangelistas pasaron por alto en silencio hay que contar, sin duda, su aparición a María Santísima inmediatamente después de su Resurrección.

1. Por la participación que tuvo en la Pasión de su Hijo

No habría necesidad de mencionar este hecho, pues es evidente que el Señor, que ordenó honrar a nuestros padres, fue el primero en dar ejemplo honrando a su Madre con su presencia visible. Además, era justo que el Divino Redentor glorificado visitara a la Santísima Virgen antes que a nadie, para que Ella, que había participado en la Pasión más que nadie, pudiera compartir la alegría de la Resurrección.

2. Recompensa por una fe inquebrantable

Durante un día y dos noches, la divina Madre estuvo afligida por la muerte de su Hijo, pero permaneció firme e inquebrantable en su fe en la Resurrección. Y, como describe San Alfonso, cuando comenzó a amanecer el tercer día, se hallaba sumida en una gran contemplación y comenzó con ardientes suspiros a implorar a su Hijo que apresurara su venida.

Mientras estaba así absorta en sus intensos deseos, he aquí que su Divino Hijo se le apareció en toda su gloria y claridad. Oh, con tan bella aparición, ¡cómo no iba a sentirse

satisfecha y feliz! ¡Con cuánta ternura debieron abrazarse Hijo y Madre! ¡Cuán dulces y sublimes debieron ser las palabras que intercambiaron!

3. Que María nos acoja en el Cielo, ya resucitados

Dirijámonos en espíritu a la Virgen, que es también nuestra Madre, y pidámosle que nos permita besar las llagas glorificadas de Jesucristo. Aprendamos de este misterio que ahora meditamos la lección de que Dios recompensa con las alegrías de la resurrección a los que acompañan a Jesús al Calvario, es decir, a los que le son fieles en sus tribulaciones.

Cada uno puede hacer suyas las palabras de la Santísima Virgen: «Conforme a mis muchas penas, tus consuelos han alegrado mi alma».

La Santísima Virgen, Reina del Cielo, se regocijó en Aquel que había resucitado como había prometido. «Alégrate, Madre bendita, pero al mismo tiempo ruega por nosotros, para que seamos dignos de cantar un día contigo, resucitados en el Reino de la Gloria, nuestro eterno aleluya».

Conclusión

Terminemos esta meditación pidiendo a María Santísima que nos conceda abundantes gracias de Cristo resucitado:

Oh Virgen Santísima, que en tu Corazón tuviste la dicha de contemplar la Resurrección de tu Divino Hijo, te pedimos que nos alcances las gracias más preciosas para que nunca olvidemos que es por la Resurrección de Nuestro Señor por la que nosotros, el día del Juicio Final, resucitaremos para estar contigo, ya no sólo con nuestra alma, sino también con nuestro cuerpo glorioso.

Desde ahora, Madre Santísima, reconocemos que nuestra resurrección depende de tus oraciones en nuestro favor. Por tu intercesión resucitaremos junto a los justos en el Día del Juicio. Te damos gracias, Santísima Virgen, por estas gracias que nos has obtenido con vistas a nuestra resurrección, y te pedimos que nos acompañes paso a paso hasta ese día glorioso. Amén.




Salve Reina

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve. A Ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a Ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos y, después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.

¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

V. *Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.*

R. *Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.*





ASCENSIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

El Corazón que sigue latiendo por nosotros en el Cielo

Composición de lugar


Imaginémonos una colina que se eleva junto a otras colinas, rodeada de plantaciones de olivos. A lo lejos podemos ver los tejados redondeados de las casas características de la Jerusalén de la época de Jesús. Bajo un cielo luminoso, contemplamos al Señor en lo alto de esta colina, con María a su lado, rodeado de cientos de discípulos que están allí para presenciar su partida hacia el Cielo.

Tras abrazar tiernamente a su Madre y bendecir a todos, vemos al Divino Salvador elevarse en el aire hasta desaparecer envuelto en una luz brillante.



Oración preparatoria

Oh Señora de Fátima, Madre de Dios y nuestra, que estuviste al lado de tu Hijo en cada momento de su misión redentora en este mundo y fuiste testigo de la hora suprema en que ascendió al Cielo para sentarse a la derecha del Padre, donde sigue intercediendo por nosotros: concédenos las gracias necesarias para meditar bien este misterio, cosechando todos los frutos de fervor espiritual y santificación que la gracia divina nos tiene reservados durante este piadoso ejercicio. Amén.



I. Jesús nos espera en la gloria eterna

El lugar propio de Jesús resucitado era el Cielo, que es la morada de las almas y los cuerpos bienaventurados. Sin embargo, Jesús quiso permanecer en la tierra durante cuarenta días para aparecerse repetidamente a sus discípulos, darles la certeza de su Resurrección e instruirlos en las cosas concernientes a su Iglesia, especialmente en lo referente a la evangelización del mundo que debían emprender.

1. Cristo asciende al Cielo, donde no cesa de interceder por nosotros

Una vez cumplida esta noble misión, el Señor ordenó a sus discípulos que se dirigieran al monte de los Olivos, el lugar donde había comenzado su Pasión, para que se dieran cuenta de que el verdadero camino hacia el Cielo pasa por el sufrimiento: a través de la Cruz se llega a la luz eterna. Allí, en el monte bendito, rodeado de sus seguidores, les reiteró su mandato de predicar el Evangelio por todo el mundo. Después, como señala San Buenaventura, abrazó a su Santísima Madre, la estrechó contra su Sagrado Corazón y la consoló a Ella y a sus discípulos que, entre lágrimas, besaron sus divinos pies.

Finalmente, con las manos levantadas y un semblante extraordinariamente majestuoso y amable, coronado y vestido como un rey, Jesús se elevó lentamente al Cielo, llevando en su compañía a las numerosísimas almas justas que habían sido liberadas del Limbo. Ante este espectáculo, todos los presentes volvieron a arrodillarse y Nuestro Señor los bendijo una vez más. Finalmente, una nube se lleva al divino Triunfador lejos de su vista, y Jesús va a sentarse a la derecha del Padre, desde donde nunca deja de ser nuestro mediador y abogado.

Reavivemos nuestra fe, nos aconseja San Alfonso María de Liguorio, e imaginemos la alegría que causó la entrada triunfal de Jesús en el Paraíso: alegrémonos con nuestro divino Señor y unamos nuestros sentimientos a los de María Santísima y los santos discípulos.

2. Siguiendo las huellas de Jesús, anhelemos nuestra patria celestial

Al igual que el águila enseña a volar a sus crías, en el misterio de hoy, Jesucristo nos invita a levantar el vuelo y acompañarlo al Cielo, si no con el cuerpo, al menos con los anhelos del alma. En otras palabras, desprendamos nuestros corazones de las cosas terrenales y anhelemos la patria celestial donde

reside nuestra felicidad: esperando, como dice el Apóstol, la redención y la resurrección de nuestro cuerpo.

Mientras tanto, tengamos siempre ante los ojos los ejemplos de la vida mortal de Nuestro Señor, imitando su humildad y mansedumbre, su espíritu de mortificación, su caridad y su celo por la gloria divina. En una palabra, despojémonos del hombre viejo, revistiéndonos de las virtudes de Jesucristo. Preguntémonos, pues, si éstas han sido nuestras disposiciones de espíritu y estamos desprendidos de las cosas del mundo y deseosos de las cosas del Cielo.

II. El Sagrado Corazón, hecho para amarnos

Cuando el Redentor ascendió al Cielo, el amor del Corazón de Jesús por nosotros no se extinguió, sino que se sublimó y, si pudiera decirse así, se hizo aún más infinito. Así como no se han extinguido las necesidades humanas en este mundo, tampoco han terminado las súplicas que el Salvador dirige al Padre por nosotros.

Su Corazón siente intensamente todas nuestras necesidades, sus labios son los intérpretes de todos los hombres, sus suspiros hablan por todas nuestras miserias.

1. Un Corazón que nos ama con extremos de ternura

«¡Oh, si comprendiéramos el amor que nos tiene el Corazón de Jesús!», exclama san Alfonso. Jesús nos ama tanto que si todos los hombres y todos los Ángeles se unieran para amar a Dios con todas sus fuerzas, sería un amor insignificante comparado con el amor que Jesús nos tiene. Nos ama inmensamente más de lo que nos amamos a nosotros mismos; nos ama hasta el extremo. ¿Y qué mayor extremo que el que Dios muera por sus criaturas?

Jesús nos amó hasta el final. Sí, porque después de amarnos desde la eternidad, por nosotros se hizo hombre y eligió una vida dolorosa y la muerte de cruz. Por eso nos amó más que a su honor, más que a su descanso, más que a su vida, porque lo sacrificó todo para demostrarnos su amor. ¿No es esto un exceso de ternura que dejará maravillados a los Ángeles y a todo el Paraíso por toda la eternidad?

2. Un Corazón que nos ama tanto y es tan poco amado

Cuando se apareció a Santa Margarita María Alacoque, el Sagrado Corazón de Jesús nos reprochó nuestra ingratitud hacia Él: *He ahí este Corazón que ha amado tanto a*

los hombres y en reconocimiento no recibo de la mayor parte sino ingratitud.

En el Corazón de Jesús se concentran todas las perfecciones y virtudes: un amor ardentísimo a Dios, su Padre, unido a la humildad y reverencia más profundas; una resignación completa ante su misión redentora, unida a la confianza más perfecta de un Hijo tiernísimo; una repulsión extrema hacia nuestras faltas, unida a una viva compasión por nuestras miserias; un dolor supremo unido a una conformidad perfecta con la voluntad de Dios.

En resumen, un Corazón purísimo, santísimo, todo amor a Dios y a nosotros, en el que se encuentra todo lo que es amable.

Si existiera una persona que poseyera todos los predicados y virtudes dignos de admiración, ¿quién, sinceramente, podría dejar de amarla? ¿Cómo es posible, entonces, que Jesucristo, que posee todas estas virtudes y en grado sumo, que nos ama tan tiernamente, sea amado tan poco por los hombres y no sea el único objeto de nuestro amor?

3. A este Corazón le complace nuestro amor

Jesús no nos necesita, dice San Alfonso. Con nuestro amor o sin él, es igualmente

feliz, rico y poderoso. Sin embargo, dice Santo Tomás, Jesucristo nos ama, y por eso desea nuestro amor tanto como si el hombre fuera Dios, y su felicidad dependiera de la del hombre. En una palabra, Jesús encuentra su deleite en ser amado por nosotros y se siente completamente consolado cuando un alma le dice: «Jesús, Dios mío, yo te amo sobre todas las cosas».

Todo esto es el efecto del gran amor que Jesús nos tiene. Quien ama quiere necesariamente ser amado. El corazón pide corazón; el amor busca amor. Jesucristo es el Buen Pastor que, habiendo encontrado a la oveja perdida, invita a todos a alegrarse con Él.

Nos asegura que es el padre quien, cuando el hijo pródigo cae a sus pies arrepentido, no sólo lo perdona, sino que lo abraza con ternura. Y tantas peticiones, tantas súplicas, tantas promesas, ¿no nos moverán a amar a un Dios que tiene tal deseo de ser amado por nosotros?

III. El Corazón que late en el Santísimo Sacramento

Fue este amor infinito el que movió al Sagrado Corazón de Jesús a permanecer con nosotros en el Santísimo Sacramento. Puesto que el amor nos hace desear la presencia continua de la persona que amamos, este amor y

este deseo hicieron que Jesucristo permaneciera con nosotros en la Eucaristía.

1. El mayor de los milagros para permanecer con nosotros...

Como observa San Alfonso, parece que para el infinito amor de Jesucristo era demasiado poco permanecer con nosotros sólo treinta años, por eso, para mostrar su deseo de quedarse, decidió obrar el mayor de los milagros: la institución de la Santísima Eucaristía.

Pero si la obra de la Redención ya se había realizado, si los hombres ya se habían reconciliado con Dios, ¿qué sentido tenía que Jesús permaneciera en la tierra en este Sacramento? Jesús se queda allí porque no puede separarse de nosotros, ¡porque se complace en estar con nosotros!

2. ... y ser el sustento de nuestras almas

Aún más. Al amor de Jesucristo no le bastó hacerse nuestro compañero en la Santísima Eucaristía. También quiso convertirse en el sustento de nuestras almas, para unirse a nosotros y hacer de nuestros corazones uno solo con su propio Corazón.

Así que preguntémonos: ¿cómo es nuestra piedad eucarística? ¿Nos hemos acercado asiduamente al Santísimo Sacramento, para adorarlo, hacerle compañía en el sagrario, recibirlo en comunión y hacernos uno con su Sagrado Corazón?

IV. Unidos al Corazón Inmaculado de María

Ante las insondables manifestaciones de amor y bondad del Sagrado Corazón de Jesús hacia nosotros, es imposible dejar de sentirnos amados por Dios a pesar de nuestras miserias.

Aunque hayamos cometido los peores pecados, aunque nuestras imperfecciones sean numerosas y nuestra ingratitud hacia Él sea recalcitrante, podemos contar con los infinitos méritos obtenidos por el Sacratísimo Corazón de Jesús durante su Pasión, seguros de que hará todo lo posible por redimirnos con el tesoro de su misericordia. Y para esta confianza tenemos una razón insuperable: la asistencia maternal e incansable de María Santísima, Madre suya y nuestra.

1. Un único y sagrado Corazón

En efecto, el Corazón Inmaculado de nuestra Madre celestial late al unísono con el Corazón de Jesús por nosotros, siempre aten-

to a nuestras necesidades, siempre dispuesto a socorrernos en los peligros de cuerpo y alma, siempre dispuesto a inclinar su benevolencia en favor de nosotros, sus hijos, que peregrinamos en este mundo hacia la eternidad.

Esta consonancia de sentimientos entre el Corazón de la Madre y el del Hijo es tan íntima e intensa que, en palabras de San Juan Eudes, los dos forman uno solo: el Sagrado Corazón de Jesús y María. Y así como Nuestro Señor tuvo presente a todos los hombres en el Huerto de los Olivos para perdonarlos y redimirlos, así María debió de vislumbrarnos a cada uno de nosotros en lo alto del Calvario, cuando, al pie de la Cruz, Jesús nos la entregó como Madre. Allí nos amó y nos quiso como hijos redimidos por la Preciosísima Sangre del Redentor.

2. El camino seguro que nos conduce al Corazón del Hijo

La grandeza del Corazón Inmaculado de María es un misterio que nuestra inteligencia no llega a captar. Ella, sin duda, rezó en el Calvario por todos. Y hoy acompaña desde el Cielo las dificultades y las alegrías de cada uno de sus hijos, dispuesta a atendernos con indecible afecto, ternura y cuidado.

En palabras de todos los grandes santos de la Iglesia, Ella es el camino más directo

y seguro para llegar al Sagrado Corazón de Jesús, para ser escuchados por Él y atendidos en todas nuestras necesidades.

Por tanto, no descuidemos este medio infalible que Jesús mismo nos dio para obtener los favores del Cielo. Dirijámonos siempre al Corazón de la Madre para ser escuchados por el Corazón del Hijo.

Conclusión

Al final de esta meditación, tenemos la certeza de que el Sagrado Corazón de Jesús, entronizado junto al Padre Celestial en la gloria del Cielo, no cesa de latir por todos y cada uno de nosotros, sus ovejas a las que, como Buen Pastor, se complace en acoger en sus brazos y colmar con el tesoro de su infinita misericordia. A través del Corazón Inmaculado de su Santísima Madre, derrama sobre las personas sus inagotables gracias y su bondad sin límites.

Sepamos corresponder a este amor con un amor intenso por Él y por la Virgen. Por las manos de María, elevemos continuamente nuestra gratitud y nuestra profunda devoción al Sagrado Corazón de Cristo, amándolo sobre todas las cosas y deseando ante todo nuestra salvación eterna, para adorarlo por los siglos de los siglos en el Cielo.

Roguemos con todo fervor la intercesión de la Virgen de Fátima:




Salve Reina

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve. A Ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a Ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos y, después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.

¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

V. *Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.*

R. *Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.*





VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO SOBRE MARÍA SANTÍSIMA Y LOS APÓSTOLES

Llamados a renovar la faz de la tierra

Composición de lugar


Hagamos nuestra composición de lugar imaginando la sala donde están reunidos los Apóstoles de Jesús, junto con María, «perseverando en la oración». Reunidos allí, esperan el cumplimiento de la promesa de Jesús de enviarles el Espíritu Santo.

En un momento determinado, oyen un gran ruido parecido a un fuerte vendaval. Sorprendidos, ven aparecer pequeñas llamas sobre sus cabezas. Pronto se sienten transformados, llenos de fe, amor a Dios y entusiasmo por la misión que el Señor les ha encomendado.



Oración preparatoria

Oh Señora de Fátima, Reina de los Apóstoles, Madre de la Iglesia y fidelísima Esposa del Espíritu Santo: ruega a tu Divino Esposo que infunda en nuestras almas las gracias necesarias para que meditemos bien este misterio de Pentecostés, y nos conceda la abundancia de sus dones y frutos, para que nos parezcamos cada vez más a Él y a Ti. Y que así podamos reparar tu Inmaculado Corazón, como pediste a tus hijos y devotos en Fátima. Amén.



I. Nace la Iglesia Católica Apostólica Romana

En la gran fiesta de Pentecostés, la liturgia nos hace revivir el nacimiento de la Iglesia, relatado por San Lucas en el libro de los Hechos de los Apóstoles. Podemos decir que la Iglesia tuvo su solemne comienzo con la venida del Espíritu Santo. En este acontecimiento extraordinario encontramos las características fundamentales de la Iglesia.

1. Una, santa, católica y apostólica

La Iglesia es una, como la comunidad de Pentecostés, que estaba unida en oración y «tenía un solo corazón y una sola alma». La Iglesia es santa, no por sus méritos, sino porque, animada por el Espíritu Santo, mantiene su mirada fija en Cristo para conformarse a Él y a su amor.

La Iglesia es católica, porque el Evangelio está destinado a todos los pueblos y por eso, desde el principio, el Espíritu Santo la hace hablar todas las lenguas. La Iglesia es apostólica porque está construida sobre los cimientos de los Apóstoles y conserva fielmente su enseñanza a través de la cadena ininterrumpida de la sucesión episcopal.

2. Misionera y romana

La Iglesia también es misionera por naturaleza. Desde el día de Pentecostés, el Espíritu Santo no cesa de animarla por los caminos del mundo, hasta los confines de la tierra y hasta el fin de los tiempos. Esta vocación misionera se refuerza cuando la misión de predicar el Evangelio pasa de los hebreos a los paganos, de Jerusalén a Roma, con la llegada de San Pablo a la Ciudad Eterna.

Roma representa el mundo de los gentiles, de todos los pueblos ajenos al antiguo pueblo de Dios. Desde entonces, se ha convertido en el centro del mundo católico, la sede de la Iglesia de Nuestro Señor Jesucristo, que habla todas las lenguas y llega a todas las culturas para ofrecerles la salvación que nos llegó del Cielo.

3. Valor y fortaleza a los Apóstoles

Al descender sobre los Apóstoles con un poder extraordinario, el Espíritu Santo les permitió proclamar las enseñanzas de Jesucristo a todo el mundo. Su valor era tan grande, su determinación tan segura, que estaban dispuestos a todo, incluso a dar la vida.

El don del Espíritu había desatado sus energías más profundas, poniéndolas al ser-

vicio de la misión que les había confiado el Redentor. Y será el Consolador, el Paráclito, quien los guiará en la proclamación del Evangelio a todos los pueblos. El Espíritu les enseñará toda la verdad que se encuentra en la riqueza de la palabra de Cristo, y así podrán comunicarla al pueblo de Jerusalén y al resto del mundo.

La Virgen y los Apóstoles sabían que la obra que les había confiado Cristo era ardua, pero decisiva para la historia de la salvación de la humanidad. El Maestro había cumplido su promesa y ahora, en cada paso de la misión que les llevará a proclamar y testimoniar el Evangelio hasta los puntos más remotos del planeta, podrán contar con la asistencia del Espíritu Santo de Dios.

Pensemos ahora cómo es nuestro amor por la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana: ¿crece cada día? ¿Somos responsables con nuestros deberes hacia ella? ¿Nos preocupamos por ella, nos alegramos con sus alegrías, rezamos fervientemente para que pueda superar todos los retos que se le presentan en el mundo contemporáneo? ¿Rezamos también para que permanezca siempre íntegra, fiel e inquebrantable en su misión de instrumento de salvación del género humano?

II. Renovar la faz de la tierra

Nuestro amor y adhesión a la Iglesia que nació en Pentecostés nos impone la misma misión confiada a los Apóstoles de predicar el Evangelio por todas partes. El misterio que meditamos hoy nos invita a acoger con generosa disponibilidad los dones del Espíritu Santo que recibimos en el Bautismo, para poder anunciar eficazmente al Señor Resucitado.

1. Llamados a evangelizar al hombre de hoy

El Papa San Juan Pablo II nos exhortó a cumplir esta misión en las formas y ocasiones que las circunstancias nos ofrezcan. «Esforzaos —dijo el Pontífice— por transmitir a todos la novedad del Evangelio, buscando caminos y modalidades que respondan cada vez más a las necesidades del hombre de hoy. Cristo es el camino, la verdad y la vida. Después de subir al Cielo, envió al Espíritu de unidad que llama a la Iglesia a vivir en comunión interior y a cumplir la misión evangelizadora en el mundo».¹

¹ Homilía en la Parroquia de San Atanasio, Roma, 18/05/1997.

2. Sin miedo, por la renovación de la faz de la tierra

El Santo Pontífice nos dice también que, cuando recibieron el Espíritu Santo, los Apóstoles perdieron el miedo a ser perseguidos por los judíos, salieron del Cenáculo y comenzaron a proclamar a todo el mundo la buena nueva de Cristo crucificado y resucitado. De hecho, el Espíritu de Dios nos quita el miedo y nos hace sentir que, pase lo que pase, su amor infinito no nos abandona.

Así lo demuestran el testimonio de los mártires, la valentía de los confesores de la fe, la sinceridad de los predicadores, el empuje intrépido de los misioneros. Lo demuestra la existencia misma de la Iglesia que, a pesar de los límites y los defectos de los hombres, sigue atravesando los mares de la historia, impulsada por el soplo del Espíritu y animada por su fuego purificador.

«Con esta fe y esta gozosa esperanza repetamos hoy, por intercesión de María: “Envía tu Espíritu, Señor, para que renueve la faz de la tierra”».²

² Benedicto XVI, Homilía en la Basílica de San Pedro, Roma, 31/05/2009.

3. Renunciar a los impulsos de la carne y abrazar los del Espíritu

En el cumplimiento de esta misión evangelizadora, bajo la acción del Espíritu Santo, debemos ocuparnos también de nuestra propia santificación. Como dice San Pablo, nuestra vida personal está marcada por un conflicto interior entre los impulsos que proceden de la carne y los que proceden del Espíritu, y no podemos hacer caso a los dos. En otras palabras, no podemos ser egoístas y generosos al mismo tiempo, seguir la tendencia a dominar a los demás y sentir la alegría del servicio desinteresado.

Para cumplir lo que Jesús, la Virgen y la Iglesia esperan de nosotros, debemos renunciar a los impulsos de la carne —que generan violencia, discordia y enemistad— y abrazar los impulsos del Espíritu Santo, que genera amor, alegría y paz, y que nos guía hacia las alturas de Dios.

Pensemos en nuestras disposiciones para cumplir la misión que se nos ha confiado de evangelizar al prójimo. ¿Hemos atendido esta llamada del Espíritu Santo en nuestras vidas? ¿Hemos dedicado todo el tiempo y el esfuerzo necesarios para llevar la buena nueva del Evangelio a los demás, sin miedo y con entusiasmo? ¿Hemos trabajado por nuestra santificación, renunciando a los impulsos

de la carne y aceptando las inspiraciones del Espíritu Santo?

III. La figura primordial de la Santísima Virgen

En el Cenáculo, la figura de María Santísima destaca entre los discípulos del Señor. Predestinada desde toda la eternidad a ser la Madre de Dios, parecería que había alcanzado la plenitud máxima de todas las gracias y dones. Sin embargo, en Pentecostés, se le concedería más y más.

Del mismo modo que había sido elegida para el don insuperable de la maternidad divina, ahora le correspondía convertirse en la Madre del Cuerpo Místico de Cristo y, al igual que sucedió en la Encarnación del Verbo, el Espíritu Santo descendió sobre Ella mediante una nueva y riquísima efusión de gracias, para adornarla con virtudes y dones propios y proclamarla «Madre de la Iglesia».

1. Prudencia y consejos para la Iglesia naciente

En medio de los temores y las dudas que rodearon a los Apóstoles antes de Pentecostés, cuando todos se sintieron sacudidos en su fe, María Santísima emerge como la única que permaneció firme en su creencia en



la Resurrección, la única que siguió creyendo en las promesas de su Divino Hijo acerca de su victoria sobre la muerte y el pecado.

Por eso, tras las confirmaciones del triunfo del Redentor, reúne de nuevo a los discípulos y, junto con ellos, permanece en oración a la espera del Espíritu Santo. Llena de una superabundancia de dones de su Esposo celestial, María se convierte por excelencia en

la Virgen de la Prudencia y en la Madre del Buen Consejo, que anima, alienta y guía los primeros pasos de la Iglesia naciente.

2. Maestra de los Apóstoles

Como afirma un piadoso autor, después de Pentecostés, Nuestra Señora fue el oráculo viviente que San Pedro, el primer Papa, consultó en sus principales dificultades, la Estrella que San Pablo nunca dejó de mirar para dirigir sus numerosas y peligrosas navegaciones. María convirtió su propio Corazón en el tesoro de las palabras y acciones de su Hijo, para comunicarlas a los escritores sagrados.

Ninguna criatura, dice San Agustín, ha poseído jamás un conocimiento de las cosas divinas y de lo que se refiere a la salvación como la Santísima Virgen. Por esta razón, mereció ser la Maestra de los Apóstoles y fue Ella quien enseñó a los Evangelistas los misterios de la vida de Jesús.

3. Recurrámos siempre a la Esposa del Espíritu Santo

Por tanto, nosotros, que también hemos recibido los dones del Espíritu Santo en el Bautismo, que también somos portadores de la misión de evangelizar el mundo, no debemos dejar de recurrir nunca a la ayuda maternal de la Virgen para crecer en nuestra fe.

De hecho, María no desea otra cosa que nosotros la invoquemos continuamente para que nos guíe hacia Dios. Ella, que siempre ha tenido una relación tan especial con el Espíritu Santo, intercederá sin duda por nosotros para que también seamos dóciles a los impulsos del Espíritu Divino y respondamos con nuestro «sí» al plan que Dios tiene para nosotros.

Reflexionemos sobre cómo llevamos nuestra devoción a la Santísima Virgen. ¿Estamos cumpliendo con nuestro deber de invocarla constantemente en nuestra vida espiritual, en nuestras necesidades cotidianas y en nuestra misión de evangelizadores?

Conclusión

Los católicos tenemos el incomparable don de pertenecer al Cuerpo Místico de Cristo y de recibir también el Espíritu Santo a través de los Sacramentos del Bautismo y, sobre todo, de la Confirmación. Así pues, al concluir esta meditación, roguemos a María Santísima, santuario del Espíritu Santo, que nos obtenga de su Divino Esposo la realización de sus prodigios en nuestros corazones, para que seamos así templos vivos del Espíritu y testigos incansables del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Amén.




Salve Reina

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve. A Ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a Ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos y, después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.

¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

V. *Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.*

R. *Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.*





ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA A LOS CIELOS

La plenitud de nuestra Madre, Reina y Abogada

Composición de lugar

Imaginemos a la Virgen, ante la mirada atónita de los Apóstoles, llevada triunfalmente al Cielo, en cuerpo y alma, rodeada de Ángeles, envuelta en la luminosidad divina. Delante de Ella vemos a su adorable Hijo Jesús, que la acompaña para conducirla a la gloria eterna.

Oración preparatoria

Oh Santísima Virgen de Fátima, en este piadoso ejercicio en el que hacemos reparación a tu Corazón Sapiencial e Inmaculado, alcánzanos de tu Divino Hijo las gracias que necesitamos para meditar en el misterio de tu Asunción al Cielo. Que cosechemos todos los frutos para nuestras almas de la consideración de tu entrada triunfante en el Cielo, en cuerpo y alma, rodeada de la gloria y el esplendor que mereces como Madre de Dios, Reina y Abogada nuestra.

Colócanos, oh Señora, bajo tu protección, para que un día también nosotros estemos en cuerpo y alma contigo, amándote y glorificándote por toda la eternidad. Amén.

I. Exaltada en lo más alto del Cielo

Dios elevó a la inmaculada Virgen María, en cuerpo y alma, a la gloria del Cielo. Ella, una simple criatura, la humilde Esclava del Señor, fue exaltada por encima de todos los Ángeles y Santos en la eternidad.

1. La Madre siempre unida a su Hijo

María, la Madre divina, nunca estuvo lejos de su Hijo: ni en la larga espera del parto, ni en la pobreza de Belén, ni cuando huyeron para vivir en el exilio en Egipto, ni en la angustia de buscarlo en el Templo, ni en los años ocultos en Nazaret, ni en los tiempos dolorosos de la predicación del Reino, ni en el Sacrificio de la Cruz, ni en la soledad del sepulcro el Sábado Santo. También estuvo unida a Él en los primeros tiempos de la Iglesia, cuando rezaba con los Apóstoles y les aconsejaba sobre la dirección del pueblo de Dios. Siempre estuvo perfectamente unida a su Hijo.

Así, después de su preciosa muerte, permaneció unida Él y, por esta razón, fue llevada a la gloria del Cielo en cuerpo y alma, es decir, a la gloria de su Hijo, que resucitó y es el prelude de la resurrección de todas las criaturas humanas.

2. La Madre de Dios murió de amor

Muchos santos y doctores se preguntan por qué habría de morir Ella, que era inmaculada y sin mancha, y por tanto exenta de pagar el tributo del pecado, que es la muerte. Y responden que, habiendo compartido todos los dolores de la Pasión de Jesús, no quiso dejar de pasar por la muerte, para imitar en todo a su Dios y Señor.

Entonces, ¿de qué murió la Madre de Dios? El fin de la existencia terrena de María se debió a la fuerza del amor divino y al vehemente deseo de contemplar las cosas celestiales, que consumían su Corazón, según los mismos doctores de la Iglesia. La Santísima Virgen murió de amor. «¡Oh pasión de amor, oh amor de pasión! —exclama San Francisco de Sales—. Si su Hijo estaba en el Cielo, su corazón ya no estaba con Ella. Estaba en ese cuerpo que amaba tanto, huesos de sus huesos, carne de su carne, y al Cielo volaba esa águila santa. Su corazón, su alma, su vida, todo estaba en el Cielo: ¿por qué habrían de quedarse en la tierra?».

3. Resurge en gloria y esplendor

La muerte de María, suave y bendita como una hermosa puesta de sol, es llamada por la Iglesia con el sugestivo nombre de «dormición», para significar que su cuerpo

inmaculado, libre de todo pecado, no sufrió corrupción alguna asociada a los difuntos.

Según la tradición, confirmada por el Papa Pío XII cuando proclamó el dogma de la Asunción de María, Ella, por un privilegio único, venció el pecado con su Inmaculada Concepción; y por esta razón no estuvo sujeta a la ley de la corrupción del sepulcro, ni tuvo que esperar hasta el fin de los tiempos la redención de su cuerpo.

Así, resplandeciente de gloria, el alma santísima de Nuestra Señora reasumió su cuerpo virginal, haciéndolo completamente espiritual, luminoso, sutil, ágil e impasible. Y María —que significa «Señora de Luz»— se elevó en cuerpo y alma al Cielo, mientras las innumerables legiones de la milicia angélica exclamaban asombradas al contemplar a su Soberana cruzando los umbrales eternos: «¿Quién es ésta que va subiendo cual aurora naciente, bella como la luna, brillante como el sol, terrible y majestuosa como un ejército formado en batalla? (Cant 6, 10)».

II. María nos precede en a la gloria eterna

La Resurrección y la Asunción de la Virgen nos permite saber lo que nos sucederá a todos y confirma nuestra creencia de que un día también

nosotros resucitaremos en nuestra carne y estaremos en el Cielo en cuerpo y alma.

1. El destino de todos nosotros

En efecto, Nuestro Señor Jesucristo, que venció a la muerte y resucitó de entre los muertos, concedió plenamente su victoria a su Madre, que siempre estuvo unida a Él. Y nos concederá el mismo premio a nosotros, que también estamos llamados a la unión perpetua con Él. Nuestro destino final es la vida eterna en el Cielo, la gloria en el Corazón de Dios: gloria en el cuerpo, gloria en el alma, gloria en todo lo que somos. Sin la resurrección de Cristo, nuestra fe sería vana, dice San Pablo.

Cristo ha resucitado, está vivo y es el principio de la glorificación de todos los que mueren unidos a Él, como sucedió con María, la bienaventurada por excelencia. Inmediatamente después de la muerte, nuestra alma será glorificada y estaremos con el Señor para siempre. En cuanto a nuestro cuerpo, será destruido y, al final de los tiempos, también resucitará en la gloria y se unirá a nuestra alma. Así ocurrirá con todos nosotros.

2. Fiesta de nuestra propia glorificación en el Cielo

De este modo, el misterio de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María es, en pri-



mer lugar, la exaltación de la gloria de Cristo: en Él está la vida y la resurrección; en Él está la esperanza de nuestra liberación definitiva de la muerte y del pecado.

En segundo lugar, la celebración de la llegada de María al esplendor del Cielo es también la celebración de nuestro propio destino final, como todos anhelamos, de acuerdo con lo que proclamamos al recitar el Credo: «Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro».

III. Nuestra Reina y Abogada en el Cielo

Tan pronto como entró triunfante en la eternidad, María fue recibida por la Santísima Trinidad, que la colmó de gloria y bendiciones, la exaltó por encima de todos los Ángeles y Santos, y la coronó como Soberana de todo el universo.

1. Nuestra Reina y Abogada

Alegrémonos con María de la gloria a la que Dios la ha exaltado, como nos recomienda San Alfonso María de Liguorio. Pero alegrémonos también por nosotros mismos, porque al mismo tiempo que María fue elevada a la dignidad de Reina del mundo, también fue constituida abogada nuestra. Es una abogada tan piadosa que defiende a todos los pecadores que se encomiendan a Ella, y es tan poderosa ante nuestro Juez que gana todos los casos a nuestro favor.

Por eso debemos rezarle con San Alfonso:

«¡Oh grande, oh excelsa y gloriosísima Señora!, postrados a los pies de tu trono te adoramos desde este valle de lágrimas y nos complacemos de la gloria inmensa con que el Señor te ha enriquecido. Ahora que gozas de la dignidad de Reina del Cielo y de la tierra,

no te olvides de nosotros, pobres siervos tuyos. Desde ese excelso solio en que te sientas como Reina, no dejes de inclinar los ojos de tu misericordia hacia nosotros, miserables pecadores. Y puesto que te hallas tan próxima a la fuente de la gracia, con mucha facilidad nos la puedes proporcionar; ya que en el Cielo conoces mejor nuestras necesidades, más debes compadecerte de ellas y otorgarnos tu favor».³

3. Desapego de las cosas terrenales

San Alfonso observa también que los altares dedicados a la Virgen están rodeados de muchas personas que le piden la curación de una enfermedad, ayuda para una necesidad material, ayuda para sus negocios, éxito en una empresa y otros bienes temporales.

Sin embargo, aunque estas peticiones sean justas, deberíamos pedirle primero las gracias más agradables a su Corazón maternal, a saber: que nos conceda humildad, desapego de las cosas terrenas y resignación a la voluntad de Dios.

Que nos conceda una vida de virtud, una buena muerte y el Cielo. En resumen, que nos transforme de pecadores en santos y nos asegure que, después de haber sido sus fieles

³ Discurso VIII sobre la Asunción de María, de *Las Glorias de María*.

servidores en la tierra, podamos un día gozar de su presencia en la gloria eterna.

Conclusión

Al final de esta meditación, dirijamos nuestros corazones a la Virgen de Fátima, nuestra Reina que ha sido asunta al Cielo, y reafirmemos nuestro deseo de estar unidos a Ella y a su Divino Hijo durante toda nuestra vida en este mundo y por los siglos de los siglos en la bienaventuranza celestial.

Que nos haga crecer en el amor a Dios y en la devoción a Ella, para que sigamos fielmente sus huellas como discípulos perfectos de Cristo y seamos así dignos, después de nuestra muerte, de la resurrección. Que Ella interceda siempre por nosotros y nos proteja a lo largo de nuestra peregrinación por este mundo, alejándonos del error y del pecado hasta que alcancemos la gloria celestial. Amén.




Salve Reina

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve. A Ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a Ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos y, después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.

¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

V. *Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.*

R. *Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.*





CORONACIÓN DE NUESTRA SEÑORA EN EL CIELO

Reina y Madre de Misericordia


Composición de lugar

Hagamos nuestra composición de lugar imaginando a la Santísima Virgen en la gloria eterna, rodeada de los Ángeles y los Santos del Cielo, sentada en un trono magníficamente adornado con piedras preciosas, con Nuestro Señor Jesucristo, su Divino Hijo, a su lado, que ciñe la frente de su Madre con una corona resplandeciente. Al mismo tiempo, la multitud de Ángeles y Santos entonan himnos de alabanza a la Reina del universo.



Oración preparatoria

Oh gloriosa Reina, María Santísima de Fátima, concédenos las gracias que necesitamos para meditar bien el misterio de tu realeza, que es de bondad y misericordia para con tus hijos: eres Soberana, siempre inclinada a ayudarnos en esta vida, conduciéndonos por los caminos de la virtud y del bien que un día nos llevarán hasta Ti en el Cielo. Amén.



I. El Triunfo de María en el Cielo

Concebida sin pecado original, María Santísima no estuvo sujeta al tributo de la muerte, por el que todo hombre nacido en pecado debe pasar para entrar en el Cielo. Sin embargo, para ser la perfecta seguidora de su Divino Hijo, también quiso morir antes de reaparecer gloriosa en el Paraíso Celestial.

Sin embargo, la muerte de la Santísima Virgen fue tan suave que la Iglesia la denomina «dormición», como si la Madre de Dios simplemente hubiera tenido un apacible sueño.

1. Llevada al Cielo en cuerpo y alma

Tres días después de su bendita muerte, el alma santísima de María, ya gloriosa, se unió de nuevo a su sagrado cuerpo, que, habiendo resucitado con los dones de la impasibilidad, la sutileza, la agilidad y la claridad, se levantó del sepulcro con extraordinaria belleza y hermosura. Admirada así por los Ángeles y los Santos, en medio de armonías celestiales, la Madre de Dios fue llevada, en cuerpo y alma, a la bienaventuranza eterna.

Los teólogos y autores católicos enseñan que este glorioso triunfo de Nuestra Señora

fue acompañado no sólo por los Ángeles y los Santos, sino también y sobre todo por su adorable Hijo Jesús, quien, exultante, introdujo a su Madre en las glorias del Cielo.

2. Coronada como Reina del universo

Rodeada de esta majestad, María entró en el Paraíso celestial, donde la Santísima Trinidad le había preparado un sublime trono de honor y triunfo. Y porque se había humillado en esta tierra como Esclava del Señor, dispuesta a cumplir en todo la santa voluntad del Altísimo, porque no se había apegado a las ventajas y riquezas pasajeras de este mundo, sino que sólo había anhelado las cosas del Cielo y el amor de Dios sobre todas las cosas, por esta razón la Virgen fue exaltada y colocada por encima de todos los coros de los Ángeles, recibiendo en su frente inmaculada la corona de Reina y Soberana de todo el universo.

Veneremos a esta gloriosa Reina nuestra, imitémosla en su humildad para que podamos compartir con ella la gloria del Cielo. Que Ella nos ayude a seguir su ejemplo de obediencia constante a la voluntad de Dios, amándolo, como Ella lo amó, por encima de todas las cosas de este mundo.

3. De los dolores de la Pasión a las alegrías del Cielo

Esta inmensa gloria concedida a María fue una recompensa bien merecida para Ella, que había compartido con Cristo los crueles sufrimientos de la Pasión. Pensemos en el martirio de los Corazones del Hijo y de la Madre cuando se encontraron en la Vía Dolorosa, con el Señor llagado y fatigado bajo el peso de la Cruz. Ambos estaban entonces rodeados de dolor, y ahora, ambos en la felicidad eterna, ¡están llenos de gozo!

De camino al Calvario, la Santísima Madre sintió el mayor dolor al ver a su Hijo entre tantos tormentos, y su Hijo sintió una pena aún mayor al verla a Ella abrumada por la aflicción. Ahora, en el Cielo, se ven el uno al otro llenos de perfecta alegría, inmersos en una gloria sin fin.

II. Reinado de la criatura más perfecta

Debemos considerar que el pueblo cristiano, a lo largo de los tiempos, en las liturgias más diversas, ha cantado las alabanzas de María, Reina del Cielo.

1. Reina del camino que nos conduce a Jesús

La Iglesia invoca a la Madre de Dios con los títulos de Reina de los Ángeles, de los Patriarcas, de los Profetas, de los Apóstoles, de los Mártires, de los Confesores, de las Vírgenes, de todos los Santos, Reina Inmaculada, Reina del Santísimo Rosario, Reina de la Paz y Reina Asunta al Cielo.

Este título de Reina expresa el pensamiento de que la Santísima Virgen está por encima de todos los órdenes de santidad y virtud; es la



criatura más perfecta y la que posee una mayor semejanza con Dios Creador y una mayor unión con el Corazón del Redentor, cooperando con Él en la salvación del mundo y, por su voluntad, es la Soberana que dispone de todos los medios que nos conducen a Jesús.

2. Unida a la realeza de Cristo

De hecho, además de ser Reina porque se eleva por encima de todas las demás criaturas, la realeza de María Santísima es un derecho suyo como Soberana, que proviene de su relación con Jesucristo, el Rey legítimo de todas las cosas creadas, visibles e invisibles, en el Cielo y en la tierra.

Todas las prerrogativas reales de Jesucristo se reflejan en la Santísima Virgen, su admirable Madre, a la que está inseparablemente unido. Él, el Rey, es el Autor de la gracia, y su Madre, la Reina, es la dispensadora e intercesora de todas las gracias.

3. Capaz de cambiar la faz de la tierra

Así, al reflejar la realeza de Jesucristo, su Hijo, María es Reina del Cielo y de la tierra, de los Ángeles y de los hombres, de las familias y de los corazones, de los justos y de los pecadores que, en su misericordia real, encuentran perdón y refugio.

«¡Ah! —exclama un piadoso autor—, si la humanidad aceptara verdaderamente la realeza de la Santísima Virgen en cada nación, en cada hogar y, realmente, a través de su maternal gobierno, se regularan los intereses de este mundo material, buscando ante todo el Reino de Dios, el Reino de María Santísima, obedeciendo sus reales orientaciones y consejos, esta realeza mariana sería capaz de cambiar rápidamente la faz de la tierra».

Debo, entonces, analizar mi alma y preguntarme si he aceptado esta realeza de María en mí, si me he dejado guiar verdaderamente por su regla de bondad y misericordia, sometíendome a sus consejos y admoniciones que Ella me hace sentir en lo más profundo del corazón.

III. Realeza de amor y servicio

Tengamos presente, pues, que cuando contemplamos a María coronada como Reina del Cielo y de la tierra, venerada por encima de los más altos coros de Ángeles, no la encontramos distante de nosotros, peregrinos en este valle de lágrimas. Al contrario, esta Reina es toda bondad para con nosotros, y su reinado es de incansable solicitud. ¿Habrá algo que esta Reina soberana pida a Dios y no pueda conseguirlo en nuestro favor?



Reina que intercede continuamente por nosotros

El Papa Benedicto XVI dice que María ejerce una realeza de servicio y amor hacia nosotros. ¿Y cómo lo hace? Velando por sus hijos que se dirigen a Ella en oración para darle las gracias o para pedir su tutela maternal y su ayuda celestial, tal vez después de haberse perdido en el camino, abrumados por el dolor o la angustia, por las tristes y difíciles vicisitudes de la vida.

En la serenidad o en la oscuridad de la vida, dirijámonos a María, confiándonos a su

continua intercesión, para que nos obtenga de su Hijo todas las gracias y misericordias necesarias para nuestra peregrinación por los caminos del mundo hacia el Cielo.

Conclusión

Dirijámonos a la gloriosa Reina de Fátima y, al final de esta meditación, ofrezcámosle nuestra oración de amor y veneración como súbditos que se alegran de tenerla como soberana: una soberana de misericordia y bondad incansables, siempre dispuesta a escucharnos y a detenerse en nuestras necesidades, para obtenernos de su Divino Hijo las gracias y favores celestiales que necesitamos para superar las dificultades de esta vida, especialmente las que nos impiden avanzar por los caminos de la virtud y la santidad.

Pidámosle a Ella, Madre y Reina nuestra, que haga triunfar en nuestros corazones la práctica del bien y de la justicia, que haga triunfar en nosotros y a nuestro alrededor los deseos de su realeza maternal, nacida de su Corazón Sapiencial e Inmaculado que, esperamos, triunfará finalmente sobre el mundo entero, como prometió en Fátima. Amén.

Y hoy, con más propiedad que nunca, elevemos a Ella nuestra oración de súbditos e hijos confiados en su incansable intercesión:



Salve Reina

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra; Dios te salve. A Ti llamamos los desterrados hijos de Eva; a Ti suspiramos, gimiendo y llorando, en este valle de lágrimas. Ea, pues, Señora, abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos y, después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre.

¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

V. Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.

R. Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

